

humana á que se dedicaba Ferrer, instruyendo á la infancia con ideas nuevas, sanas y justas.

La causa del fracaso de los revolucionarios barceloneses y del resto de Cataluña, era debido, aparentemente, á no haber secundado el movimiento las demás provincias españolas, lo que dió lugar á que el gobierno pudiera movilizar las fuerzas de varias ciudades para enviarlas á sofocar la rebelión de Cataluña.

Hay que tener en cuenta que este movimiento insurreccional fué puramente espontáneo, tomando parte en él variados elementos, sin tener preparación ni objetivo determinado, tomando origen de la guerra de Marruecos, como una protesta popular contra aquella campaña descabellada y grandemente perjudicial para los intereses del proletariado español.

Una vez estallada la huelga general, el pueblo catalán no se contentó con cruzarse simplemente de brazos y realizar una protesta pacífica, sino que se dirigió á vengar agravios recibidos, á satisfacer los odios profundos que tenía contra la religión, materializada por las iglesias y conventos. Entonces el pueblo aprovechó la oportunidad para añadir á la protesta antimilitarista la antireligiosa, porque si bien la guerra ha sido siempre la causa de muchas injusticias y de innumerables crímenes, no menos lo ha sido la religión, con sus procedimientos inquisitoriales y su falsa propaganda de una moral hipócrita, absurda y criminal.

El incendio de las iglesias y conventos de Barcelona, demostró al mundo que el pueblo catalán es adversario profundo del clericalismo, vengando con la tea incendiaria los miles de víctimas inmoladas en nombre de un falso Dios y de una absurda religión, la cual ha estado siempre al servicio de los fuertes y ha pesado como una losa de plomo sobre los débiles.

No hay que perder de vista, que esta revolución no fué encauzada por ningún «leader» avanzado, ni tampoco tuvieron nada que ver los propagandistas de las ideas sociales, siendo

obra puramente de la masa del pueblo, pues á no ser así, quizás hubiera revestido la revuelta popular los caracteres de una verdadera revolución social, la que hubiera destruído de raíz todos los privilegios burgueses para dar paso al comunismo libertario. Pero cuando se trata de un movimiento de esta índole, el más audaz y atrevido se eleva á la categoría de «leader», y si éste no posee ideales robustos de transformación social, el movimiento se reduce á simple revuelta popular, para que, una vez triunfantes, encontrarse en una calle sin salida, sin poderse explicar el fin de aquel movimiento. Así sucedió con la llamada revolución de Julio en Barcelona, y así sucederá con todos aquellos movimientos en donde tan sólo la pasión funciona y los cerebros se hallan adormecidos.

El pueblo barcelonés se hizo dueño de la ciudad durante veinticuatro horas, y no contando entre los revolucionarios con hombres de principios sociales, ó si los había, no pudieron influenciar á la masa, no vieron otra solución para conservar lo conquistado, que ofrecer la ciudad á los partidos republicanos para que fuera proclamada la República en Cataluña y en el resto de España.

Los prohombres republicanos, que cuando el pueblo está pacífico é indiferente á su política, le hablan siempre de revolución, al presentarse la ocasión de realizar sus propósitos, por haber hecho el pueblo la revolución por ellos tanto propagada, entonces los jefes republicanos declinaron el ofrecimiento que se les hacía, como si temieran disgustar á sus amos, los monárquicos, que por tantos años les vienen pagando su traición á la República y á los deseos del pueblo.

Pero no se tomen nuestras palabras como un lamento por no haberse proclamado la República, sino que sentimos con toda el alma la actitud que tomaron los revolucionarios barceloneses, habiendo deseado que fueran más radicales, ya que conocen demasiado á los farsantes políticos para que en momentos de revolución fueran á